

OBRA DE DON BOSCO
Inspección de San Francisco de Sales
Don Bosco 4002
Buenos Aires

CASA INSPECTORIAL

1. EMILIO JOSÉ COLOMBO
2. VIRGILIO ALUFFI
3. FLORENCIO JOSÉ MARTINEZ

Buenos Aires, 14 de abril de 1971.

Estimados Hermanos:

Les presento las reseñas de las vidas de tres queridos Salesianos de esta Comunidad, fallecidos en los últimos meses.

Su ejemplo de salesianidad constituye, para cuantos los hemos conocido, un estímulo y un consuelo, al ver cómo Dios sigue amando y bendiciendo a nuestra Congregación al regalarle tan nobles hijos.

Les pido por ellos un fraterno recuerdo en la plegaria.

En Don Bosco Santo, afmo. hermano:

Sac. Horacio Gutiérrez, S.D.B.
Director

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sac. Emilio José Colombo: Nació en Bs. Aires (Rep. Argentina) el 10-10-1893; falleció en Bs. Aires el 29-10-1970 a 77 años de edad, 60 de profesión religiosa y 52 de sacerdocio. Fue Director por 18 años.



Cumplo el deber de someter a la consideración de mis Hermanos este somero perfil del padre EMILIO JOSE COLOMBO, que falleciera en la Casa Inspectorial de San Carlos, la madrugada del 29 de octubre del año próximo pasado.

Sufrió mucho. No sólo en el bienio de su última enfermedad, sino durante los setenta y siete años de su fecunda vida. Porque, aunque parezca paradójal, el padre Colombo pertenecía a ese grupo reducido de personas que rebosan habilidades.

Desde que la Congregación Salesiana lo conociera primero como alumno del Colegio Pío IX en 1903 y luego en la Casa de Bernal durante los 8 años de formación, exhibió una gama de riquezas espirituales, intelectuales, físicas y hasta manuales que señalaban un porvenir excepcional.

Figura espigada y atrayente, voz agradable y bien timbrada, locución feliz, sensibilidad exquisita, sentido sobrenatural...: adornaban lujosamente sus empresas.

Conquistó a sus alumnos del Colegio Pío IX, al que volviera en 1912; los entusiasmó por la piedad y el estudio y fundó la famosa liga de fútbol, que entonces representaba una conquista. Cumplió con éxito sus estudios teológicos en Bernal y se ordenó sacerdote en 1918. Fue el alma de las fiestas, que volvía pintorescas con las costumbres que traía de su hogar lombardo vascongado y los escamoteos siempre nuevos de su prestidigitación. Sin contar la ventriloquía y la dirección de escena, la pirotecnia, fotografía... que eran parte integral de su repertorio.

Triunfó luego en la docencia, en los estudios del profesorado y de la Universidad que coronaron su carrera en Ciencias Biológicas. Por si algo le faltara disfrutaba de una increíble habilidad manual: era un espectáculo verlo ilustrar sus clases de biología, compartidas en colegios salesianos y oficiales, dibujando en la pizarra con ambas manos al mismo tiempo y con una perfección de trazo y diseño realmente notables.

En los centros de Exalumnos que asesorara (Bernal, Santa Rosa, San Francisco de Sales), en la docencia (Bernal, San Francisco de Sales, Pío IX, Santa Catalina y Santa Rosa), en la cura de almas (Parroquia de Ntra. Sra. de los Remedios, de Floresta: 1944-60) y en la Dirección del Colegio Salesiano de Santa Rosa, mereció la amistad y la admiración de cuantos lo trataron. Y eso que también tenía sus arrebatos e ironías.

Sentía inquietudes de pionero: fue el gran impulsor del arte escénico en la Inspectoría, que entonces abarcaba el centro, norte, este y oeste de la República; perteneció al grupo de los primeros salesianos que frecuentaron la universidad; fue tal vez, uno de los primeros sacerdotes radioaficionados, cuando las ondas hertzianas parecían cosa de brujos...

Sin embargo siempre sentía en el fondo del alma un sabor a desencanto. Su inteligencia aguda lo había convertido en un "peregrino de lo absoluto": percibía las metas con enorme claridad y naturalmente, a pesar de su destreza, no lograba alcanzarlas... Otro se hubiera contentado con mucho menos. No él. Esta percepción de las propias limitaciones enfermaba su finísima sensibilidad, que durante toda la vida le jugó una mala pasada. Vaya un ejemplo para muestra: cuando ejercía con gran eficacia la dirección del Colegio "Domingo Savio" de Santa Rosa, después de cada éxito grande o pequeño, proclamaba ante quien quisiera escucharlo sus carencias, sus imperfecciones y su falta de idoneidad para el cargo que ejercía. Al fin, el superior accedió confiarle otro ministerio. Curiosamente quedó sumergido por un tiempo en dolorosa depresión.

Testimonio claro de que su recuerdo aún perdura en el colegio salesiano de Santa Rosa, es el hecho de que éste año se ha inaugurado en esa casa un moderno gabinete que lleva el nombre del padre Colombo.

Tal vez, el aspecto más edificante de la vida de este inolvidable Hermano, no deba buscarse en sus acciones realmente brillantes y apostólicas, sino en la lucha que de continuo debió librar con su emoción y sensibilidad para recuperarse de los eventuales fracasos que, generalmente, él solo descubría en sus obras.

Esta situación se agravó en los últimos años, cuando la edad, la enfermedad y la evolución de los tiempos lo fueron situando en esa zona gris de la vida en que la eficacia se diluye.

Durante su larga y penosa enfermedad fue maternalmente atendido por dos antiguas feligresas suyas, que desplegaron con él la más solícita y sacrificada caridad.

"¡Qué bueno es Dios y qué malos somos nosotros!" era una de sus exclamaciones más frecuentes; lo valioso es que él brindó para su misión todo lo que el instrumento de su personalidad podía dar... aunque le doliera antes y después de la entrega.

Estoy seguro, con el aval de las promesas de San Francisco de Sales y de Don Bosco, que nos espera en el cielo.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Coadj. Virgilio Aluffi: Nació en Agliano d'Asti (Italia) el 10-7-1897; falleció en Bs. Aires (Rep. Argentina) el 16-12-1970 a 73 años de edad y 44 de profesión religiosa.



Falleció don VIRGILIO ALUFFI el 16 de diciembre de 1970. El 10 de julio había cumplido 73 años de edad.

"Desde que terminó el Noviciado en 1926 —dice con austera elocuencia el comunicado enviado el día de su muerte a la prensa—, cumplió con diligencia admirable el cargo de Enfermero de Salesianos, empleados y alumnos".

Resulta fácil reseñar en tres renglones 44 años consagrados con devoción, porque Aluffi todo lo hacía devotamente, a restañar heridas, mitigar dolores y serenar ansiedades.

Pero desgranar, hora a hora, más de 15.000 días y sobre todo, monótonamente, más de 15.000 noches, cuando todos descansan, a tareas desagradables, a veces humillantes, sin derecho a protestar o a mostrarse fastidiado, siempre dispuesto a acoger amablemente la queja, la histeria, el llamado nocturno...; es la epopeya de la consagración al servicio de sus Hermanos: es el signo, el único que establece el Evangelio, por el que conocerán que somos discípulos de Cristo.

Impresionan las cataratas con sus raudales de agua, luz y sonido; pero la tierra necesita, tal vez más, del rocío, de lo simple y benéfico.

Este voto de aparente mediocridad lleva signo redentor.

Así se deslizó la vida de Aluffi: entre devociones. A Dios, en una infantil y continua entrega a sus rezos y oraciones; y a Dios, también, en un servicio sacrificado y constante a sus amados Hermanos.

Como todo lo que hacía le parecía poco, en 1938, al ver que en la casa de Bernal disminuía el personal (toda su vida transcurrió entre la Casa de formación de Bernal y la Casa Inspectorial de San Carlos) solicitó a los Superiores ser transferido a alguna casa misional en donde se cuidaran leprosos para consagrarse a ellos.

Si algo faltara, es bueno recordar también que el tumor canceroso al cerebro que lo llevó a la tumba comenzó a afectarlo desde hace aproximadamente siete años; pero no fue óbice para que siguiera cumpliendo, en la medida de sus fuerzas, sus atenciones caritativas.

Doce sacerdotes concelebraron en sus exequias y un compañero de trabajo en la enfermería del Colegio Pío IX, Monseñor Eugenio Peyrou, Obispo diocesano de Comodoro Rivadavia, tejió la homilía del caso.

Ciertamente muchos, como cataratas y torrentes, para volver a la comparación, dejan tras sí una estela de admiración y respeto; Auffi, como el rocío, sembró en el surco de sus huellas, principalmente sonrisa, afecto, estímulo y frescura que hoy florecen.

DATOS PARA EL NECROLOGIO

Sec. Florencio José Martínez: Nació en Alcañiz (España) el 27-11-1894; falleció en Bs. Aires (Rep. Argentina) el 11-3-1971, a los 76 años de edad, 57 de profesión religiosa y 48 de sacerdocio.



Tras las alternativas de larga y penosa enfermedad desaparecía de este mundo el padre FLORENCIO J. MARTINEZ el día 11 de marzo próximo pasado.

Apenas alboreaba su vida salesiana, cuando don Ernesto Vesignani, el famoso arquitecto de los santuarios marianos, descubría en él las dotes precisas para secundarlo en sus trabajos. Y pasó la casi totalidad de su vida salesiana al servicio de sus Hermanos en la "Oficina Técnica de Arquitectura" de la Inspectoría San Francisco de Sales. Primero a las órdenes del padre Ernesto; luego al frente de la misma, supervisando la construcción de numerosísimos establecimientos e iglesias destinadas al culto de Dios y a la formación cristiana de los jóvenes.

Lo alcanzó la muerte cuando se acercaba a los 77 años; había nacido en la tierra aragonesa de Alcañiz, Teruel, España, el 27 de

noviembre de 1894 y emigrado al país en 1907. Ingresó de inmediato al Colegio Pío IX para luego pasar a la Casa de Formación de Bernal.

Cumplió el año de Noviciado en 1913, para profesar definitivamente en la Congregación el 27 de marzo de 1920. El 23 de septiembre de 1922 recibió la ordenación sacerdotal de manos del bondadoso Obispo de La Plata, Monseñor Francisco Alberti, y después de una breve estada en el ejercicio de la docencia en Bernal, pasó al Colegio Pío IX y consagró sus mejores esfuerzos a la Oficina Técnica de Arquitectura.

Por supuesto que siempre encontró tiempo para el apostolado de la confesión y la predicación, a pesar de que su condición física lo inhibiera un poco para presentarse en público.

Durante su larga actividad supervisó la construcción de los Santuarios de María Auxiliadora de Rosario, Córdoba, Ramos Mejía y Montevideo; la Iglesia de San Pablo de Mar del Plata; el Santuario de Nuestra Señora de los Buenos Aires de la Capital Federal... y muchas otras Iglesias y Colegios del país y del extranjero.

Y todo lo fue dirigiendo con infinita paciencia y constancia, en el marco de la soledad que le daba su oficio, un poco extraño a la Comunidad.

Como siempre, el trabajo le deparó muchas alegrías y muchos disgustos. Sobre todo estos últimos menudearon cuando el tiempo, que todo lo supera, pasó adelante de sus planes e ideas sin que él lograra seguirlo.

Entonces hicieron crisis muchos de sus achaques y debió ser internado en el Hospital Italiano en donde por casi dos años sobrellevó el doloroso viacrucis que lo llevó a la eternidad.

El día 12 se celebraron sus exequias en la cripta de la Basílica de San Carlos y sus restos fueron sepultados en el Panteón Salesiano de la Chacarita.

